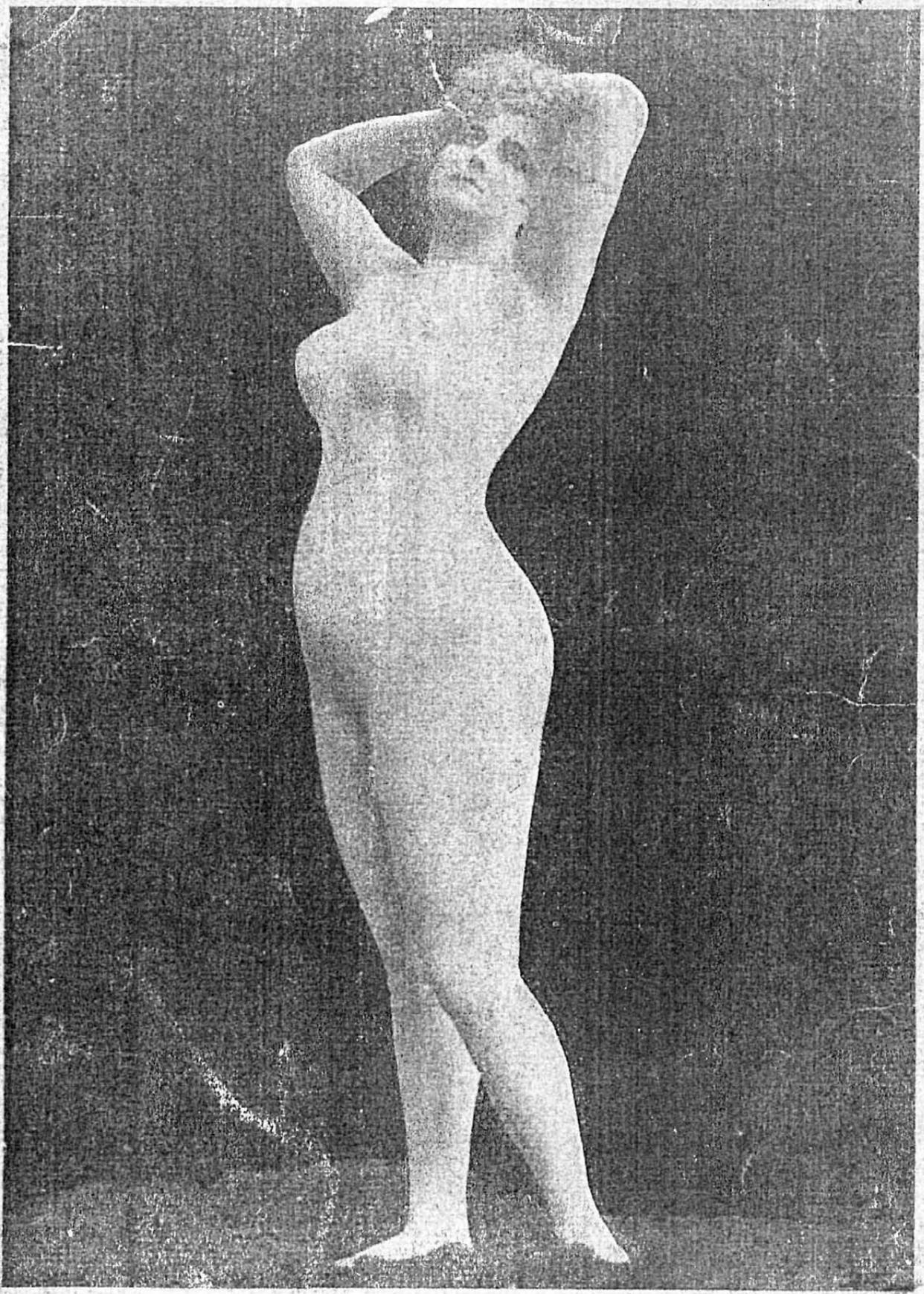


2/11974



SICALÍPTICO

REVISTA SEMANAL

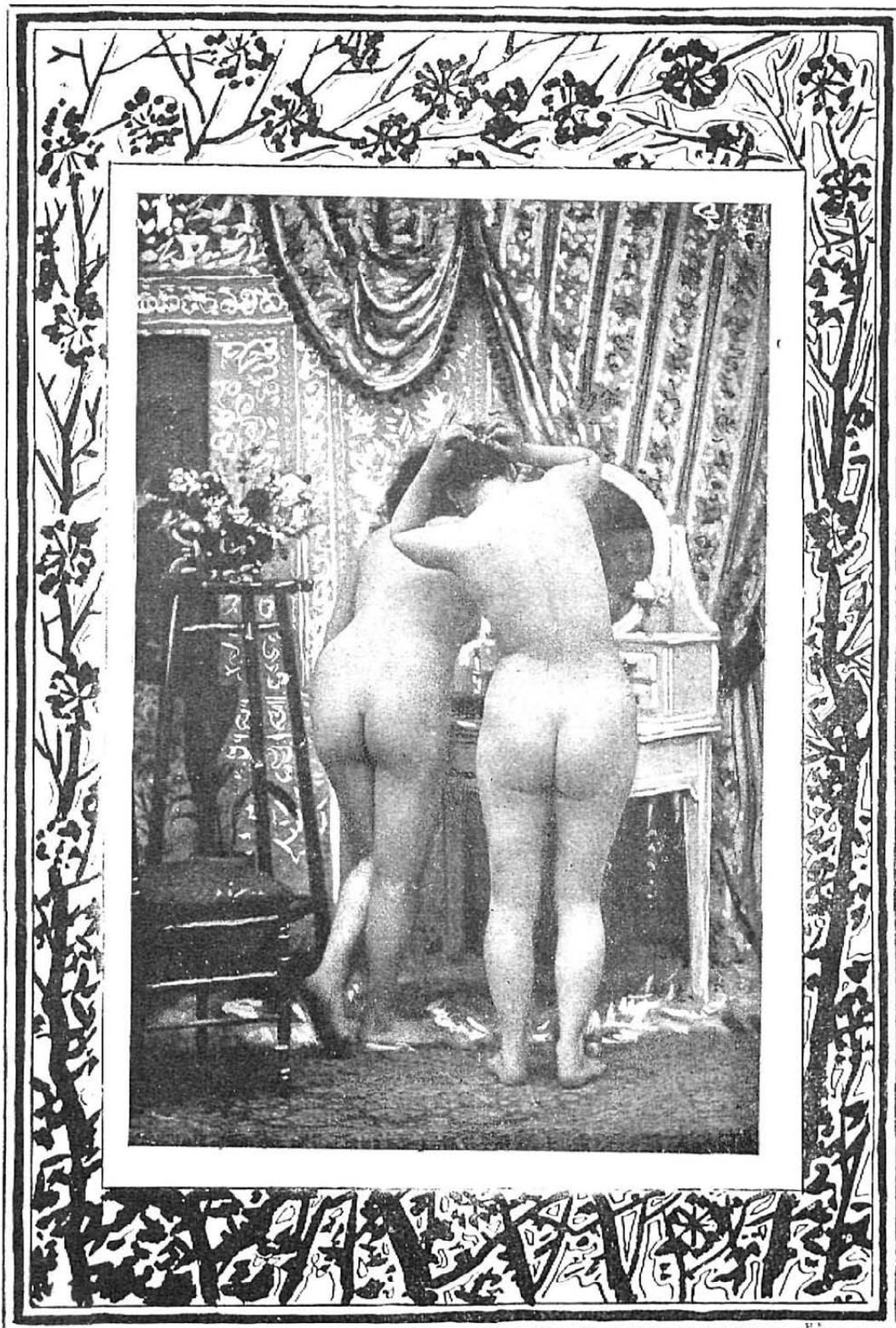
Año I

N.º 1

ILUSTRACIÓN **Biblioteca Nacional de España**

10 CENTS.

Biblioteca Nacional
COMPRA



*Aunque son vergonzosas, son tan coquetas
que, mientras se araban coqueando,*

*están tan abstraídas que no suponen
que tú, lector, es un poseído esos encantos.*



ACTRICES FRANCESAS

LISE FLEURON



*Una chica con una
cara hechicera,
que es coquera del coch
de Citera.*

EL MAL DE MARIA

I

Es María una muchacha
linda, preciosa, arrogante:
si con la cara enamora
arrebata con el talle,
fascina con la mirada
y enloquece con sus sales.

Es natural que María
no se vea ni un instante
libre de las asechanzas
de los hombres, que a millares
la persiguen, la requebran,
la hacen saber cuanto vale
y la dicen mil piropos
y diez mil atrocidades.

II

María nunca ha querido
tener novio, porque sabe
que los hombres son perversos
y el que vale más, no vale
las cuatro o cinco pesetas
que ha costado bautizarle.

Pero de pronto la chica
empezó a enamorarse
de tal forma y con tal fuerza,
que a los dos meses cabales
estaba loca de amor
y hasta hablaba de casarse.

Ve al novio por las mañanas,
le vuelve a ver por las tardes,
pero cuando más le ve
es por la noche, en la calle,
pues hay que decir que el novio
de María es vigilante.

Todas las noches, apenas
dan las once, ella se sale
y se va a pelar la pava
tres horas largas de talle.

III

Como la chica no duerme
se puso enferma y tan grave
que fué preciso llamar
al médico a todo escape.

El galeno hizo a la enferma
muchas preguntas, fijándose
especialmente en la vida
que tenía que hacer antes
de enfermar. Dijo María
que aunque lloviese y tronase
salía todas las noches
y volvía a casa tarde.

—No diga más—dijo el médico,—
trasnochando, ya se sabe
la causa del mal.

—Por Dios!

que no le oiga a usted mi madre!

—Le ha hecho a usted daño el sereno.

La chica llorando a mares

replicó:—El sereno no.

—Sí, hija, si está palpable.

—No, doctor.

—Digo que si

el sereno es detestable!

y el daño es aquí evidente.

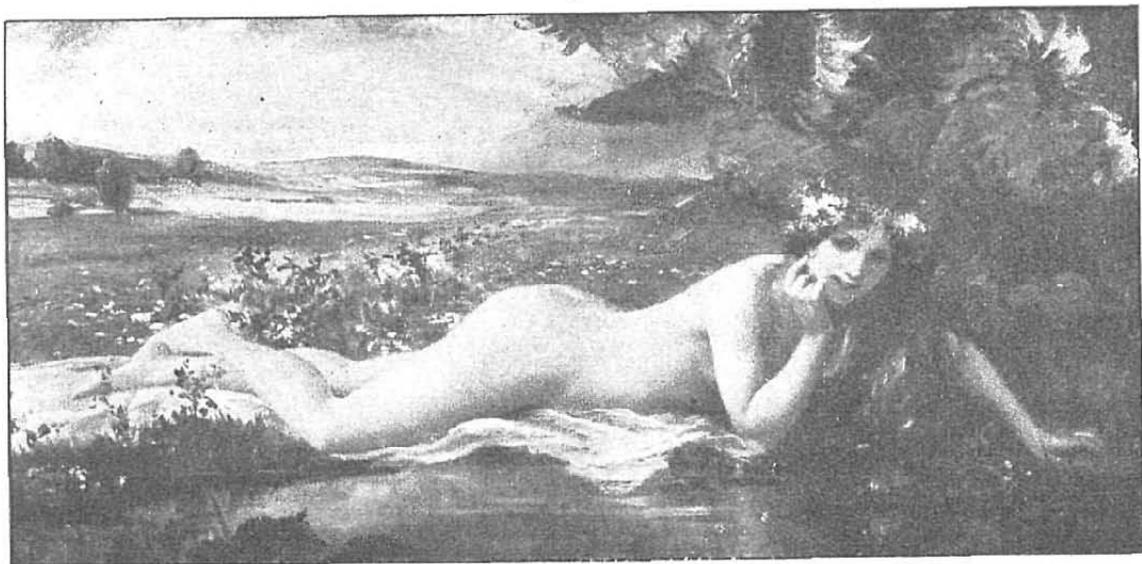
—Mire, doctor, no se cause

haciendo al pobre sereno

de mi euteridad culpable:

yo le juro a usted que ha sido
el tuno del vigilante.

MIGUEL TOLEDANO



*Es la flor de los amores
y es tan guillerda y tan bella*

*que hay quien al verla se cubra
suscamente por coberto.*

EL DESPERTADOR

Volvieron del teatro muy tarde, después de convenir con los dos viejos abonados al palco proscenio de la derecha, que al día siguiente, aprovechando la casualidad de no tener ensayo, irían de campo.

Las dos coristillas vivían en una casa de huéspedes, como dos estudiantes, gozando, lejos de sus respectivas familias, los turbulentos placeres de su bohemia artística: en su inconsciencia de peccadoras innatas, no comprendían que nadie fuese «esclavo de su palabra», ni que sacrificase al «buen parecer» ningún deseo; vivían una existencia desarreglada, tumultuosa; dormían en el mismo lecho, usaban la misma bolsa y jamás tuvieron el necio capricho de reñir por ningún hombre, pues en aquella feliz sociedad, los amantes, como las alegrías y las pesadumbres, eran comunes...

—¿Y á qué hora quedamos en reunirnos? — preguntó Mercedes.

—A las ocho en punto de la mañana. Veo difícil que lleguemos á tiempo.

Sin embargo, querida mía, es preciso... ¡A fin de mes surgen problemas económicos de vital interés, y, tanto Federico como don Eusebio, son individuos ricos y explotables.

Mientras conversaban, habían ido desnudándose, hasta quedarse en camisa. Ángela, parada delante de la mesilla de noche, preparaba el despertador que más tarde había de levantarlas lanzando un sonoro ¡alerta!

—¿A qué hora lo pongo? — preguntó.





—A las siete.
 —Es muy temprano.
 —No.
 —¡Que sí, mujer!
 —¡No importa!...
 Yo bien sé lo que digo. Mientras nos des-
 perezamos y nos riza-
 mos el pelo y nos vesti-
 mos... pasa una
 hora. Y no es prudente
 hacerles esperar
 más de lo justo...

—Ea, pues... ya está. ¡A las siete!... Y veremos dónde está la maja capaz de levantarse tan temprano.

Luego empezaron a jugar las dos, pellizcándose y propinándose mutuamente ruidosos azotes, como dos colegialas traviesas, y como si experimentasen un placer narcisista acariiciando sus carnes juveniles y frescas. Después de charlotear de todo un poco, se acostaron.

Mercedes apagó la luz y ambas empezaron a poblar el porvenir de castillos aéreos.
 —¡Si tú fueses capaz de enamorisear a Federico! —dijo Angela, —entonces podríamos mandar el teatro al Diabla... ¡Tengo unos deseos de ser dueña de mis noches durante unos cuantos meses!...

—Lo malo es que Federico tiene su enredo.

—Pues, chica... ¡ahí de tus simpatías!

El diálogo iba languideciendo insensiblemente a manos del sueño, y al fin concluyeron por dormirse profundamente, dándose la espalda...

Y es fama que durante aquella noche las dos coristas soñaron a don Federico y a don Eusebio mucho más pobres y más viejos y más feos de lo que eran... Lo que prueba el incalculable poder hiperbólico de las pesadillas.

De repente, ¡tirilín, tirilín, tiiiiiirrrrr!... el despertador empezó a hacer de las suyas. Las dos amigas entreabrieron sus párpados cargados de sueño. Eran las siete. El lecho estaba tan blando, tan abrigadito...

Angela sacó un brazo fuera del embozo, y tuvo que esconderlo en seguida.

—¡Puf! —murmuró— ¡qué frío!...

El despertador continuaba repiqueteando, recordando la orgía.

—Ha sido un disparate el citarnos tan temprano.

—Sí... ¡Maldito despertador!...

—¡Figúrate— agregó Mercedes— cómo estarían nuestros dos viejos! Con los ojos ribeteados de rojo por el sue-



ño y el frío, y las narices como un tomate...

De súbito, enfurecida, incorporóse en el lecho y cogiendo el despertador lo arrojó contra el suelo. Angela soltó una careajada.

—¡Bien hecho! — exclamó.

Pero el maldito chisme seguía prolongando su ensordecedor repiqueteo. ¡¡Tírrr!!... Entonces las dos amigas tomaron el lance á broma, y levantándose prestamente del lecho, echaron sobre el despertador el colchón y las ropas de la cama.

—¡No callarás nunca, maldito! — gritaba Mercedes furiosa.

En un momento el dormitorio quedó convertido en un campo de Agramante: las dos amigas reían, se empujaban, arrojándose sobre el colchón; luego derribaron las sillas, y la mesa de noche también cayó al suelo, saltando en pedazos la piedra de mármol... Mientras, el terrible despertador proseguía impertérrito atronando la casa con desesperante repiqueteo.

* * *

Entretanto, los dos ancianos medían una vez y otra la anchurosa acera del Banco de España.

—¡Brrr, qué frío hace!...

—Maravillado estoy de no ver osos blancos por la calle.

—Aquí no hay más osos que tú y yo.

—Al diablo se le ocurre salir con un gabán de verano en una mañana como ésta.

—Y á Barrabás venir cargado de pieles en un día de broma y guitarreo.

Y continuaron paseando y frotándose las manos y renegando de aquellas picaras que les habían arrastrado á una juerguecilla que tan mal se avenía con sus años y con sus endebles piernecillas anquilosadas por la gota...

Mientras los dos ancianos venteaban su pasión, las dos coristas se reían entre sábanas, pensando en el vientecillo que correría por la calle.

—¿Sabes lo que creo? — decía Angela. — Que ninguna cena vale este bienestar.

* * *

El lector candoroso creerá, seguramente, que Angela y Mercedes concurrieron á la gira proyectada; pues, ¡no señor!... Porque no bien se restableció el silencio, volvieron á preparar el lecho y tornaron á dormirse con envidiable sosiego, sin preocuparse un pitoche de los dos amojamados galanes, á quienes desde entonces siempre han designado con el gracioso remoque de «los viejos del despertador.»

ARTURO REINA



BELLAS ARTES



EL TOCADO DE UNA MUJER.—CUADRO DE A. FAUGERON.

Contados son los artistas que se han dedicado á darnos á conocer con verdad á la mujer en los momentos íntimos y deliciosos de su coquetería, en los instantes en que satisfechas de sí, atemperados los vibrantes nervios por las recientes y bienhechoras caricias del agua, buscan recursos en su traviesa imaginación, para enloquecer con sus apetitosos encantos.

Es necesario haber visto bien como artista observador, para dar á las producciones de este género, verdad y colorido exactos.

Tal vez por esto *El tocado de una Mujer* fué uno de los cuadros más notables del Salón de 1900.

El asunto... en medio de su aparente sencillez, es complicado y difícil por el sinnúmero de detalles que la memoria ha debido tener en cuenta: el baño y la sabana que cayó sobre el borde del recipiente, su-

mergiéndose en el agua; los zapatitos olvidados sobre la alfombra; el sillón cargado de prendas femeninas; enaguas, corpiños, cintas, camisas de seda, pantaloncitos perfumados... y luego el tocador, laboratorio de toda coquetona superchería, con sus jarrones cargados de fragantes y delicadas flores, sus cepillos, sus frasquitos llenos de costosas y delicadas esencias.

El pintor ha derramado sobre su cuadro una claridad suave, sabiamente estudiada; algo así como un rayito de luz tamizada que envolviese los objetos en una especie de nimbo dorado y tibio.

La mujer de Faugeron luce un cuerpo de exquisita morbidez: la luz reflejada en la superficie de un espejo, ilumina fuertemente el seno y el rostro de la hermosa; las carnes, recién lavadas, estimuladas aún por el roce suave del agua tibia, tienen colorido y frescura virginales,



CUERNOS

Para algunos individuos el matrimonio es un sainete, en el cual el marido se ríe de su mujer, mientras ésta le burla con un tercero; para otros, es un drama con su carta delatora y su pistoletazo correspondiente; pero en todos los casos el matrimonio es un enredo en dos actos... Porque el epílogo sangriento á que nos tienen acostumbrados los dramaturgos, no suele ocurrir siempre... En el primer acto el hombre busca, persigue, ofrece, suplica y allega cuanto puede por conquistar el corazón de la mujer.

En el segundo, el esposo, dueño ya de la plaza, se duerme sobre sus laureles, sin acordarse de que el amor no permite descansos ni concede treguas, porque después de luchar mucho para mantenerse dueño de las posiciones conquistadas, el hombre no suele tener presente estos sabios consejos de la experiencia, y la mujer, que no gusta de los centinelas que se duermen, le desprecia y le engaña... O lo que es igual: *le pone los cuernos...*

Por eso algunos autores de notoria reputación han dicho, fijándose en lo mal avenidos que están los consortes y en el empeño que todos parecen poner en engañarse mutuamente: «un duelo á cornadas.» Y Quevedo, príncipe de la sátira y hombre muy ducho en toda suerte de enredijos mundanos, pensaba de igual manera cuando escribió aquellos populares versillos, que dicen entre otras varias agudas lindezas:

«Vecina: mujeres y gallinas
todas ponemos
unas huevos y otras cuernos.»

¡Inocentes y pacíficos casados!...
El matrimonio es una guardia cruel, durísima, erizada de peligros, en la cual hay que estar dando continuamente el grito de ¡Alerta!...



—Estás hechicera, arrebatadora y, si quieres, serás reina de esta casa.
—Conformes, pero con una condición.
—Tú dirás.
—La de que me deje usted los domingos libres, para pasear con aquel cano de artillería; los señoritos son ustedes muy malos para... eso del paseo.

FIDEL TRAPATUESTA

ó EL PRESTIDIGITADOR TRASHUMANTE

I

Si vais á Villapastel
os dirán los aldeanos
que para juegos de manos
no hay otro como Fidel.

Fidel era un calavera
que vivió en Madrid seis meses
de la trampa, y *crió* ingleses
como un bohemio cualquiera,
llegando á tal situación
que no le faltó el *pan nuestro*,
gracias á que era un maestro
de prestidigitación,

y en vez de andar por la villa
á este acecho, al otro estrujo,
se fué á echárselas de brujo
por los pueblos de Castilla.

En sus viajes peregrinos
pasó por Villapastel,
á cuyo alcalde cruel
detestaban los vecinos.

En un arranque de humor,
que nadie pudo soñar,
Levó el alcabale á cenar
al prestidigitador,

y dispuso en una hora
dar una función casera
para que se distrajera
su simpática señora,
sin presumir que la tal
(que nunca le ha sido infiel)
se iba á prender de Fidel
lo mismo que un animal.

II

Con los mejores deseos
Fidel hizo aquella noche
lo que se llama un derroche
de lindos escamoteos.

¡Con qué prontitud sacaba
los armarios de una vela!
¡Cómo al maestro de escuela
se le caía la baba,

sobre todo al verle (en pos
de un resultado seguro)
meterse en la manga un duro
y luego sacarse dos!

No es posible recordar
tantos juegos de una vez.
Pidió una moneda al juez
y no se la ha vuelto á dar:

prendió fuego á una banasta
que estaba llena de ropa,
y de un sombrero de copa
hizo después una plasta:

sacó en un momento un sable
de un afilador imperible...
Y aquí llega lo terrible
de la fiesta memorable.

Faltaba el juego mejor,
entre los más sorprendentes,
cuando notaron las gentes
la ausencia del jugador,

y aquel alcalde cerril
se enteró, vertiendo hiel,
de la fuga de Fidel
con la alcaldesa gentil.

En fin, lector (ó lectora),
píguense usted la gresca
que armaría al ver el esca-
moteo de su señora!

Por tres ó cuatro naciones
el infeliz la ha buscado,
hasta que Fidel se ha hartado
de juegos y de excursiones
con aquella desgraciada,
y al año de haberse ido,
se la ha devuelto al marido
corregida y aumentada.

Por eso en Villapastel
afirman los aldeanos
que para juegos de manos...
no hay otro como Fidel!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



*Sólo tiene veinte años.
Es guapa, rica y soltera.
Forma es natural: un busto
digno de una estatua griega;
perfuma el agua del baño
con riquísimas esencias,
y para dormirse lee
casi siempre una novela.
¿De Zamaeís?... ¡No, señor!
De Caloma ó de Pereda.*



PARA DOS PERDICES

—Dos entre dos, á una;
sale la cuenta.
—La de ustedes es fácil,
pero la nuestra...
—Si ustedes quieren
cenaremos reunidos.
—Ay!... ¿Con ustedes?
—Nos metemos en Fornos

en un cuartito,
y yo ofrezco... percebes.
—Yo langostinos!
—Yo no me atrevo...
¿Qué te parece, chica?
—Que yo no puedo...
Aunque mañana,
acuérdate, debemos

pagar la casa.
—¡Pues entonces, chiquillas,
no hay que asustarse!
Yo pagaré al casero
si es que así os place.
—Bueno... pagando...
¿Qué te parece, Ro-a?
—¡Vamos andando!

EL AMOR Y LA POLÍTICA

Fra-squita, que está en relaciones con cuatro politicastro de diferentes partidos, procura recibir á cada cual con un traje "ad hoc."



1. Al diputado conservador.



2. —Señorita, una tarjeta del señor Pérez.
—¿El anarquista?... ¡Que pase!



3. Al diputado socialista, en pantalones.



4. Diputado republicano, defensor de la alianza hispano-americana y de toda clase de uniones, etc.

LUISA

Y

ARTURO

Los *Hermanos Arbel*, son dos notabilísimos bailarines.

¿Son hermanos, efectivamente?

Ellos dicen que sí... Pero lenguas discretas aseguran lo contrario, y hay que creerlo así por no afejar la conducta de los Arbel con malevolas suposiciones.

Lo cierto es que M. Arturo no mantiene queridas, y que *mademoiselle* Luisa, no tiene ningún amante.

Los *hermanos Arbel* bailan todos los bailes de sociedad y, sobre todo, el vals, de un modo inimitable. Lo característico en *mademoiselle* Luisa es una especie de vuelta loca, en que se deja caer hacia atrás, quebrando la cintura con flexibilidad y rapidez pasmosas, como si estuviese descoyuntada; pero Arturo, que la lleva cogida vigorosamente del tallo, la levanta a cada nueva vuelta, para dejarla caer en seguida.

Y así corretean por todo el salón, produciendo en el espectador la ilusión óptica de dos cuerpos fuertemente unidos por la cintura.



RÁPIDA

EL CORAZÓN Y LOS OJOS

Al volver de la fuente acompañada de mi doncella, un caballero que pasaba por el camino detuvo su cabalgadura para mirarme y en sus ojos flameó el deseo... Y yo creí ver en ellos su corazón.

Me hizo señas de que le siguiese al bosque. ¡Una santa le hubiese obedecido; tan gentil era su porte!... Y yo le seguí, sintiendo que mi co-

razón se escajaba por las ventanillas de mis ojos.

Cuando nos internamos en el bosque... ¡Ah, y qué aprisa desentabalgó! cogíome por la cintura y me tumbó en la hierba. En mis labios sentía su aliento, y me parecía cuando besaba mis ojos que besaba mi corazón...

Luego partió para no volver, y yo le esperé sin consuelo asomada á la ventana. El corazón que yo tenía él se lo llevó, y con él mis ensueños del jardín, mis rezos, todas mis alegrías, y el burlador... ¡Sólo me dejó los ojos para llorar mi corazón perdido!

LUIS DE ATIENZA



1.—El lecho podrá ser el trono de la belleza, pero es el enemigo declarado de la higiene; las horas que en él se pasan quitan al cuerpo vigor y elasticidad; los nervios en laxitud, los músculos distendidos, el cabello revuelto, los ojos anublados, todo conspira contra la belleza *eclatante* de la carne... Hay que recurrir, pues, al baño: el agua tibia y perfumada tiene en sí la virtud secreta con que conservaba su hermosura la cortesana de Bizancio, es fuerza y juventud á la vez... Lili acaba de levantarse. No ha soñado, porque una mujer como ella no tiene ya necesidad de soñar como las vírgenes de quince años: la realidad se lo ha ofrecido todo y *más aún*; pero necesita volver á ser quién es y preparar su cuerpo para la labor diaria. Esta misma tarde espera á un amigo con el cual no le liga una gran intimidad; muy al contrario, se trata de la vez primera que pone los pies en aquella casa. Y para que la vista sea con todas las de la ley, Lili necesita ante todo «pasarse por agua.»



II.—No es que le tenga miedo al agua... ¡nada de eso! Recuerden ustedes de ella el último verano en Trouville. era la más decidida y la más resuelta de las bañistas; entraba mar adentro sin preocuparse de que el agua estuviese mas o menos fría y sin necesidad de bañero que la acompañase. Bien es verdad que en Trouville tenía un público escogido que asistía diariamente, de diez a once de la mañana, al espectáculo gratuito del baño de Lili. La playa se convertía en un teatro y el cuerpo de Lili era martiriza lo en fuerza de miradas agudas, como lo fué el de San Sebastián en fuerza de flechas. Por eso Lili, aunque no sea virgen de una manera absoluta, por lo menos tiene algo de mártir.—*Nota: Esta historieta, que consta de dieciséis grabados, continuará en el número próximo.*

EL DESAFIO

(Continuación)

IX.—Afortunadamente estamos en primavera.

No hay miedo a una pulmonía, aunque ambas combatientes se despojen de toda su ropa. Además, la excitación del espíritu presta calor al cuerpo en estos momentos.

En su ofuscación tratan de quitarse también las faldas; por su gusto ambas se quedarían desnudas completamente.

Pero por fortuna (ó por desgracia para nosotros) las madrinas acuden á tiempo de evitar el espectáculo.

—No es preciso; basta con quedar al descubierto de cintura para arriba.

Y Tula y Lucy quedan con los bustos al aire, erguidas con altivez, mirándose rabiosamente.

¡Oh! ¡Si Garnelo hubiese podido sorprender este instante para su célebre cuadro. ¡Un duelo interrumpido!

¡Medalla de oro!



EL DESAFIO

X.—¿Tienen ustedes valor para seguir, paso a paso, los accidentes del lance?

Verdaderamente es horroroso ver el cuerpo de una mujer ante la punta de un florete.

Ambas son jóvenes y bonitas: aquella carne que ha sido hecha para el amor exclusivamente y que es acreedora a las caricias más blandas, puede toñirse en sangre de un momento a otro y malograr una juventud espléndida que aun tiene que cumplir la misión altísima del placer..

Yo no sé si tendré valor ó llegará un punto en que me vea obligado á volver la cabeza.

¡Atención! Las madrinas han dado la voz de ataque..

Lucy se tira á fondo con toda impetuosidad de su temperamento ardiente.

Pero Tula ha parado el golpe con serenidad.

¡No sabe defenderse tan bien de otros ataques!

(Continuará.)

